

3. La disciplina del Señor es producto de su amor

“Porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”. Los cristianos podemos aceptar con gozo y gran esperanza la doctrina de la Soberanía de Dios. Saber que él está al control de todas las cosas y que somos guardados por Su poder, nos da tranquilidad y paz. Pero en muchas ocasiones nos es difícil armonizar su Soberanía enviando adversidad sobre su pueblo, y su amor.

En ocasiones pensamos que Su amor y Su soberanía obrarán de manera tal que impedirá que sobre nosotros vengan adversidades o aflicciones. Pero nuestro autor sagrado está afirmando que la adversidad y el amor de Dios no se excluyen mutuamente, antes por el contrario, suelen actuar tomados de la mano.

En esta sección del pasaje se enseña una verdad que, aunque no es fácilmente comprendida por una buena parte de creyentes, es una fuente de seguro consuelo para el cristiano atribulado y afligido por las muchas adversidades: Dios nos ama y por eso nos disciplina con azotes.

Pero, así nos venga la adversidad más grande, y los nubarrones negros cubran el horizonte, el sol del amor de Dios sigue resplandeciendo y es nuestro deber mirar sus cálidos rayos en medio de la tormenta. “La disciplina es entonces un privilegio que Dios extiende a los que ama. Esto suena casi contradictorio hasta que llegamos a entender que la disciplina no se le extiende a los impíos. Ellos reciben su juicio. Dios disciplinó a su pueblo Israel a consecuencia de sus transgresiones, pero él demuestra paciencia y tolerancia con sus enemigos hasta que se llene la medida de su iniquidad (Gn. 15:16; Mt. 23:32; 1 Ts. 2:16). La disciplina es una señal de que Dios nos acepta como hijos suyos.”¹

La palabra griega traducida como *azotes* o *castigos* significa literalmente “golpear con un látigo..., impartir un castigo correctivo... figuradamente <adversidad> o <sufrimiento>. Así como los padres pueden corregir a los hijos a quienes aman, así Dios corrige por medio de los sufrimientos.”²

¹ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 438

² Kittel, Gerhard. Compendio del diccionario teológico el Nuevo Testamento. Página 560

Dios se presenta en las Sagradas Escrituras como el mejor Padre (Luc. 11:13). El buen padre disciplina a sus hijos, no sólo a través de la instrucción educativa sino a través de la corrección que implica el uso de la vara o los azotes. Dios mismo instruye a los padres para que apliquen la vara sobre sus hijos, por lo tanto, él también la usa:

“La necedad está ligada al corazón del muchacho; más la vara de la corrección la alejará de él” (Prov. 22:15).

“La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” (Prov. 29:15).

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Prov. 22:13).

Lastimosamente en nuestro siglo humanista, centrado en el placer y carente de principios de autoridad y disciplina, muchos cristianos creen que Dios es como la mayoría de padres modernos, es decir, un padre de puro y sólo amor emocional, interesado en satisfacer los caprichos de sus consentidos hijos, y carente de cualquier palabra de reproche o reprensión para que sus “tiernos” niños no vayan a traumatizarse.

El Dios de la Biblia no es como los débiles, irresponsables y malvados padres de hoy día, que están criando delincuentes como consecuencia de una psicología permisiva e invadida de un falso amor. El Señor Jesús, enviando un mensaje a la iglesia en Laodicea se muestra como un buen padre y le dice a sus hijos: *“Yo reprendo y castigo a todos los que amo, sé, pues, celoso, y arrepíentete”* (Ap. 3:19).

Ahora, la disciplina o el azote que Dios aplica sobre sus hijos es muy distinto del castigo que inflige al pecador no arrepentido. Sobre los impenitentes Dios envía un castigo penal, el juicio que demanda la Ley, mas sobre sus hijos aplica la disciplina correctiva, la disciplina que busca apartar del mal camino al hijo a quien se ama, pues, no es amor ver que el hijo va rumbo al sufrimiento y no hacer nada para corregirlo. El buen padre le dará instrucción pero también aplicará la corrección con el látigo para evitar que siga en el camino de la destrucción. Una prueba de que somos hijos de Dios es su mano disciplinante. Por lo tanto, una fórmula o clave para salir victoriosos de cualquier adversidad se nos da en este texto: *contemplar el amor de Dios por su pueblo.*

Entre más dura sea la prueba más evidencia tengo de que Dios me ama. “El mismo hecho de que no nos libere de la presión durante un tiempo es evidencia de su intención persistente de hacernos bien. Permitirá que la persecución, la dificultad o lo que sea nos haga el mayor bien posible antes de que cese.”³

Vivir en el amor de Dios es el fundamento para una vida cristiana creciente y perseverante. Judas, en su carta, también exhortó a los lectores diciendo “*Conservaos en el amor de Dios*” (v. 21). Si nos mantenemos firmes en el amor de Dios, no seremos turbados: “*No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí*” (Juan 14:1). El corazón del creyente debe estar “*arraigado y cimentado en amor*” (Ef. 3:17), es decir, para soportar con paciencia las adversidades que Dios permite en nuestra vida, obteniendo de ellas el mayor provecho, es necesario que echemos profundas raíces en el amor de Dios. De esa manera, cuando los vientos tempestuosos de la aflicción soplen con fuerza, las raíces profundas impedirán que seamos arrastrados por el dolor.

Dios ama a su pueblo y su naturaleza es el amor. Juan dijo “*Dios es amor*” (1 Juan 4:8). En su amor él cuida y protege a los suyos. Entregó a su Hijo para que sufriera los terrores de la muerte substitutiva como una excelsa manifestación del amor que tiene hacia su pueblo (Juan 3:16).

En ocasiones, cuando cosas malas le suceden a los justos pensamos que algo pasó, que algo no cuadra, pues, si somos amados por Dios entonces todas las cosas deben marchar bien. “Cuando nos encontramos en medio de la adversidad, como frecuentemente suele suceder, una calamidad tras otra parece seguirnos, y somos tentados a dudar del amor de Dios. No sólo luchamos contra nuestras propias dudas, sino que Satanás aprovecha esas situaciones para susurrarnos acusaciones contra Dios, como: *Si Él te amara, no hubiera permitido que esto sucediera.*”⁴

No obstante, somos llamados a comprender y aprehender el amor de Dios. No se trata de sólo un mero ejercicio mental, sino de estudiar, profundizar, analizar, interiorizar la preciosa doctrina del amor de Dios para con los suyos. Y esta preciosa verdad la

³ Gooding, David. Según Hebreos. Página 291

⁴ Bridges, Jerry. Confiando en Dios aunque la vida duela. Página 141

comprendemos mejor cuando vemos el amor de Dios manifestado hacia nosotros a través de Jesucristo.

La mayor aflicción, la más grande adversidad, la calamidad más terrible y el dolor más agudo del ser humano es su propio pecado. A causa de él Dios se constituyó en su enemigo y todos los hombres están bajo la ira de Dios “*Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios*” (Ro. 2:5).

Los hombres llevaban a cuestas el más grande enemigo de sus almas y no podían disfrutar de paz, pues, Dios mismo era su adversario y estaba contra ellos. Pero, Dios, quien es grande en misericordia y amor, de tal manera amó al mundo “*que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna* (Juan 3:16). La calamidad más grande del ser humano fue librada por el amor de Dios a favor de sus escogidos. Esta es una muestra de que Dios realmente nos ama. “Si queremos una prueba del amor de Dios por nosotros, entonces debemos mirar primero a la cruz donde ofreció a Su Hijo en sacrificio por nuestros pecados. El Calvario es la prueba correcta, absoluta e irrefutable del amor de Dios por nosotros.”⁵

Cuando la disciplina del Señor se torna dolorosa y la aflicción embarga nuestro ser, en ocasiones somos llevados a dudar del amor de Dios. Nuestros familiares incrédulos dirán como la esposa de Job “*¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios y muérete*” (Job 2:9); pero siempre que nos sintamos inclinados a dudar del amor de Dios en medio de la aflicción debemos regresar la mirada hacia la cruz. Allí está la prueba más grande e irrefutable del amor de Dios hacia nosotros. Cuando miramos el Calvario debíamos decirle a nuestra alma “Si Dios me amó tanto como para entregar a Jesús a la muerte cuando yo era su enemigo, puedo tener la certeza de que me ama lo suficiente como para cuidarme ahora que soy su hijo. Habiéndome amado hasta el punto máximo de la cruz, no puede dejar de amarme en mis momentos de adversidad. Después de dar ese invaluable

⁵ Bridges, Jerry. Confiando en Dios aunque la vida duela. Página 143

regalo, Su Hijo, seguramente también dará todo lo que sea consistente con Su gloria y mi bien.”⁶

Esta preciosa verdad es afirmada por Pablo en las siguientes palabras “*El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él también todas las cosas?* (Ro. 8:32).

La doctrina del amor de Dios es una fuente de seguro consuelo en medio de la adversidad. Si somos descuidados en conocer la doctrina de Dios, entonces, cuando pasemos por la aflicción seremos presa de nuestras emociones y pronto dudaremos de Su amor o de que seamos cristianos. “Si vamos a confiar en Dios en la adversidad, tenemos que usar nuestras mentes en esos momentos para razonar sobre las grandes verdades de Su soberanía, sabiduría y amor como se nos revelan en las Escrituras. No podemos permitir que nuestras emociones dominen nuestras mentes. Más bien debemos buscar que la verdad de Dios las gobierne. Nuestras emociones deben convertirse en subalternos de la verdad.”⁷

Alguna vez escuché que alguien dijo: “No interpretes el amor de Dios por las circunstancias, interpreta las circunstancias por el amor de Dios.” O como dice Jerry Bridges “... debemos ver siempre nuestras circunstancias adversas a través de los ojos de la fe, y no del sentido común.”⁸

Las Sagradas Escrituras no se quedan cortas al hablarnos del inmenso amor de Dios hacia su pueblo. El apóstol Pablo afirma que nosotros somos “*escogidos de Dios, santos y amados*” (Col. 3:12). De la misma manera, el profeta Sofonías declara que Dios se deleita en amarnos: “*Porque el Señor Tú Dios está en medio de ti como guerrero victorioso. Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos*” (Sof. 3:17 NVI).

El amor de Dios hacia sus hijos es tan grande que los escritores sagrados comparan su altura con la distancia que hay entre los cielos y la tierra, y su profundidad es insondable:

⁶ Bridges, Jerry. Confiando en Dios aunque la vida duela. Página 145

⁷ Bridges, Jerry. Confiando en Dios aunque la vida duela. Página 145

⁸ Bridges, Jerry. Confiando en Dios aunque la vida duela. Página 3.

“Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra” (Sal. 103:11 NVI).

Siendo el amor de Dios tan inmenso y profundo hacia su pueblo, entonces no hay que temer ante ninguna adversidad, y cuando somos disciplinados por Dios con aflicciones y sufrimientos debemos estar tan seguros de su amor paternal que podamos afirmar con toda convicción *“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”* (Ro. 8:37-38).

Estamos unidos al amor de Dios con cadenas preciosas que ningún poder en el mundo, terreno o supramundano, podrá destruir. Ni siquiera la temida muerte podrá romper lo que fue unido con la eterna sangre del Hijo de Dios. Siendo así el amor de Dios hacia nosotros, entonces, las aflicciones, la adversidad, la mortal enfermedad y las tragedias no podrán hacernos dudar de que todo esto forme parte de su paternal cuidado hacia su pueblo, aunque no lo entendamos con nuestra mente natural.

Aunque esto suene a una perogrullada⁹, la vida cristiana es una escuela. Siempre vamos a ser estudiantes, porque siempre tendremos algo que aprender. Mientras estemos en esta tierra Dios nos estará enseñando a través de diferentes medios, con el fin de formarnos a la imagen de Su precioso Hijo. Dios ama a su Hijo, se deleita en él y desea que todos seamos como él. La disciplina a través de las aflicciones o adversidades nos ayudarán a crecer en la imagen de Cristo. Pero con el fin de aprovechar al máximo estas experiencias, es necesario que nosotros siempre nos veamos como niños que están aprendiendo de su maestro. No sólo para entrar al reino de Dios, sino también para crecer en él, se requiere de nosotros que seamos *como un niño* (Mr. 10:15). “Vamos a actuar con la docilidad y mansedumbre de los

⁹ Afirmación de veracidad y certeza tan evidente que resulta boba
(<http://www.wordreference.com/definicion/perogrullada>) Julio 06 de 2012

niños, con la confianza en la dulce garantía de que el amor está detrás de todos los castigos, que estamos en las tiernas manos de nuestro Padre”.¹⁰

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que *“la fe obra por el amor”* (Gál. 5:6), por lo tanto, para poder mirar la mano amorosa de Dios detrás de nuestras aflicciones, adversidades y sufrimientos se requiere una buena dosis de fe.

Recordemos que la fe es *la convicción de lo que no se ve*. No estamos viendo el sol en medio de los nubarrones que cubren nuestro cielo, pero, por la fe, estamos viendo la mano de Dios guiando todas las cosas para nuestro bien. *“La fe interpreta las cosas no de acuerdo a la situación externa o visible, sino de acuerdo a la promesa. La fe mira a la providencia presente no como una pieza desconectada sino como parte de un todo hasta el final de las cosas.”*¹¹

Donde algunos no mirarían más que el desprecio y el abandono de Dios, la fe mira su gran y misericordioso amor. Esta es una verdad que sólo puede ser aprehendida por los que han nacido del Espíritu Santo.

La fe que obra por el amor tiene la capacidad de extraer miel y dulzura donde sólo hay hiel y ajeno. La fe sobrenatural tiene la capacidad de discernir el corazón amoroso de Dios cuando su mano es dura sobre nosotros. Sólo la fe puede ver el dulce jugo que hay debajo de la amarga cáscara que recubre a la naranja. La fe puede ver más allá del presente y tiene la capacidad de anticipar las benditas consecuencias de la amorosa disciplina del Señor.

La disciplina del Señor proviene de su amor, por lo tanto, ella no será más dura de lo que podemos resistir, como dice Pablo: *“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”* (1 Cor. 10:13). Cuando el Señor envió la prueba disciplinaria sobre Job, Dios confiaba en que él la resistiría, le adoraría en medio del más agudo dolor, y Satanás sería derrotado. Pero ¿Podía

¹⁰ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:
http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_087.htm Julio 06 de 2012

¹¹ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:
http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_087.htm Julio 06 de 2012

confiar Dios en Job? ¿Podía confiar que no le fallaría y claudicaría en medio del dolor de perder sin explicación alguna a su familia, sus bienes y su salud? Si Dios hubiese confiado en la capacidad inherente de Job para resistir la prueba y salir victorioso de la disciplina, entonces hubiese salido decepcionado, pues, nuestras fuerzas son ninguna.

Dios confió en Job, así como confía en que cada verdadero creyente saldrá victorioso de la disciplina, porque él confía en su Hijo Jesucristo. A través de Cristo, de su obra redentora, los creyentes somos asegurados firmemente en la salvación, y él se encarga de obrar en nosotros a través del Espíritu Santo la perseverancia que nos mantendrá firmes en cualquier circunstancia. Por la obra de Cristo nosotros somos transformados de inconstantes en perseverantes.

El nuevo nacimiento, que procede de lo Alto, nos convierte en personas distintas a lo que éramos por naturaleza. “El Señor confía en las personas que no pueden sostenerse por sí mismas ni un momento. Esa confianza la mantiene en momentos de aflicción y calamidad, pues sabe que resistiremos. ¿Cómo es eso posible? El secreto está en que el poderoso amor de Dios nos controla, y nosotros nos esforzaremos en no abandonarle. Podemos estar seguros, como Pablo, de que nada ni nadie nos podrá separar jamás del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro, Ro. 8:39. Nuestra esperanza no está fundada en nuestra propia perseverancia, pues ésta no duraría ni un instante. Nos apoyamos en el amor de Dios. Éste no fallará. Y por eso tampoco fallaremos nosotros.”¹²

Nos es difícil aceptar que el amor de Dios conduzca a los creyentes a procesos disciplinarios dolorosos. Sin un creyente sufre una tragedia familiar, si una hermana en la fe es violada, si una enfermedad mortal arrasa rápidamente con la salud de un cristiano; tenemos la tendencia, o a distanciarnos de la persona porque no sabríamos qué decirle para consolarlo o nos acercamos con el fin de dar una explicación racional que supuestamente le consuele. Cuando no logramos entender el amor de Dios detrás de cada adversidad en el creyente, solemos buscar interpretaciones que justifiquen la aflicción con el fin de consolar, pero en la mayoría de casos este intento se convierte en algo vano.

¹² Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 37

Nos sucede lo mismo que a los amigos de Job, los cuales se quedaron mudos por varios días al contemplar su horrible sufrimiento porque no sabían qué decirle, pero luego, cuando lograron coordinar mejor sus pensamientos se llenaron de vanas, aunque muy lógicas, razones. Pero todo esto demuestra que nos es difícil “descansar en pura y simplemente en la *inescrutable* sabiduría de Dios. Buscamos demasiado descanso en una explicación del sufrimiento que nos deje satisfechos y muy poco en la convicción de que *Dios sabe por qué obra así*, aunque no lo podamos explicar.”¹³

La gente siempre busca una explicación a las tragedias, aflicciones o pruebas. Aunque podemos encontrar algunas razones, especialmente cuando Dios reprende a sus hijos por sus pecados, esto no siempre es así.

En el caso de Job no había una razón evidente que justificara sus aflicciones, la muerte de sus hijos y la enfermedad que le aquejaba. “Dios tiene sus propios secretos y debemos respetarlos. Por consiguiente, seamos prudentes en nuestros juicios, y no traspasemos los límites que Él ha trazado. Quizá pensemos que eso no nos satisface. Quisiéramos saber *por qué* Dios nos ha elegido para llevar esa carga en particular. ¿Y por qué nosotros? El libro de Job no contesta esas preguntas; pero ello no significa que nos defraude. Lo que nos enseña es una manera más eficaz de soportar nuestra pesadumbre. Nos equivocamos si pensamos que nos falta algo si no sabemos por qué el Señor nos está probando con tanta dureza. Dios considera *innecesario* que lo sepamos. Por lo tanto, no es necesario y no necesitamos saberlo.”¹⁴

Cuando entendemos que los momentos de dolor y aflicción forman parte del trato paternal y amoroso de Dios, ya sea para corregirnos por un pecado cometido, para prevenirnos de pecar, para aumentar una gracia particular en nosotros, o para moldearnos conforme al carácter de Cristo, sea la razón que sea, la clave de la victoria se encuentra en confiar en el amor de Dios, aunque parezca que él mismo está contra nosotros.

El agudo dolor puede conducir al creyente a desear la muerte, así como hizo Job cuando dijo: “*Perezca el día en que yo nací*” (Job. 3:3). Él ya no le encontraba sentido a su

¹³ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 50.

¹⁴ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 71.

existencia. El dolor lo agobiaba y todo lo que quería se había extinguido. Tenía una desagradable y destructora enfermedad. Toda esperanza se había perdido.

La mente del creyente tiende a nublarse en medio del pecado o en medio de la aflicción. Job maldijo el día de su nacimiento, de manera que casi se encontraba a punto de maldecir a Dios, lo cual quería conseguir Satanás. Pero, a pesar de que el dolor nubla la razón, el verdadero creyente es guardado por el poderoso amor de Dios para que no caiga en la apostasía.

Confiar en Dios cuando las cosas marchan bien es sencillo, pero la prueba de la fe se evidencia cuando la mano de Dios parece ir en contra nuestra. Aunque la prueba sea muy devastadora, si somos creyentes, no careemos del estado de gracia. Y aunque la confianza en Dios caiga a un punto mínimo, ella no se extinguirá por completo porque “Dios no permite que se hundan tanto como para que caigan de la gracia de adopción y del estado de justificación, y se pierdan en una eterna ruina. Job tampoco cayó tan bajo. Tropezó y cayó muy bajo. Pero en su caída llevaba el freno de la gracia de Dios. Cristo interrumpió su caída y le recogió... Dios no nos dejará caer en la aflicción cuando, a veces, damos un salto peligroso a las tinieblas debido a nuestra desesperación. Ese también puede ser nuestro último y más firme apoyo cuando nuestra alma está en total oscuridad. Esta historia (de Job) nos invita claramente a ir a Dios, incluso con nuestras dudas más turbadoras, a pesar de que nos sintamos solos y abandonados por Dios en ese momento. Job lo hizo, y eso fue su salvación.”¹⁵

Ahora, sabemos que Dios es el que nos disciplina, es decir, él está en nuestra aflicción, pero hay otra verdad que nos llena de mucho consuelo: Dios está a nuestro lado en la aflicción. Son dos verdades que parecen contradictorias pero no es así para la lógica de la fe. Esta paradoja de la fe es descrita en el libro de Job de la siguiente manera: “*Porque él es quien hace la llaga y él la vendará; él hiere y sus manos curan*” (Job 5:18).

Dios trae la aflicción sobre sus hijos, y los hace pasar por duras pruebas, pero a la misma vez el que hiere está al lado del creyente y lo sustenta para que no decaiga en medio de la disciplina. Job aprendió esta lección y luego de afirmar que Dios era el que le causaba sus

¹⁵ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 57.

tragedias, apeló al que, según él, le estaba torturando. Él pudo decir “*Yo sé que mi redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo*” (Job 19:25). “¿Estaba Dios *contra él*, y al mismo tiempo estaba a *su lado*? En cierto sentido, esto es lo que debía pensar, pero ello no le fue impedimento para requerir la ayuda del mismo Dios que le estaba poniendo a prueba. Esta paradoja no era un problema para él y se planteó el problema en dos vertientes: La mano de Dios está en mi aflicción, y este Dios es mi ayudador en esta misma aflicción.”¹⁶

¹⁶ Bijl, C. Tan ricos como Job. Página 79.